

***El trayecto de la herida.* Denise León. 2011. Córdoba, Argentina: Alción Editora.**

Julia Kristeva proclamaba la intimidad como índice sustancial de la subjetividad humana, derivando de su etimología (del latín *intimus*, superlativo de interior) "lo más profundo del ser", que abarca y desborda el inconsciente. Se trata de esa "interioridad que se define por sus proximidades con el cuerpo orgánico así como por las sensaciones pre-verbales". Aquella intimidad, que la historia del psicoanálisis había repuesto en el debate intelectual, fundaría para Kristeva el espacio de la interioridad del sujeto, dando primacía a la "vida del espíritu", relacionada con la actividad del yo pensante, con el entendimiento de sí y con la escucha por parte del otro, a partir de su puesta en discurso. Pero, ¿cómo es posible volcar en palabras esta dimensión interior? Kristeva advierte la singular tensión que supone postular la materialidad verbal de esta intimidad: "*Esta lengua sensible no es una lengua de signos: es una lengua entre comillas, un caos y un orden de pálpitos, de impresiones, de dolores, de éxtasis en las fronteras de la informulable biología*".

Esta "informulable biología" de Denise León nos atrapa en sus poemas con la certeza de su articulación verbal. El cuerpo nos habla desde el lenguaje. Y nos sumerge en dos acordes poéticos, que se corresponden con las dos secciones de su libro *El trayecto de la herida*: "Diario de viaje" y "Mater dei".

La primera sugiere un tránsito, que se acompasa a los días de la semana, en una secuencia ordinal: "Día primero", "Día segundo" ... Y así sigue. ¿Es el diario de una enfermedad? ¿Qué viaje nos narra este cuerpo con la luminosa metáfora del título: "el trayecto de una herida"? Aquí se conjugan vida y muerte, cuerpo y sangre, miedo, deseo y dolor. El epígrafe de Viel Temperley nos hace un guiño cómplice: "*Voy hacia lo que menos conocí en mi vida: voy hacia mi cuerpo*". La autora emprende un viaje hacia su intimidad corporal y estallan los índices materiales del cuerpo que siente, desde el primer día:

Día primero

La muerte desdibuja mi esqueleto,
mis huesos inundados
como un muelle.

El dolor es lo que no puede ser mirado.

El cuerpo se vuelve universo porque “No hay nada que podamos dejar afuera” y el poema se convierte en “la palabra que hace agujeros en el lenguaje”. Tan material es la experiencia que hasta el propio discurso se experimenta como lo que es, signos, sonidos, letras: “las consonantes y su ruido metálico./ Una boca que se abre con asombro”. La vida parece una enfermedad que nos carcome el cuerpo, que atraviesa la “sangre” como un “lento alcohol”. ¿A quién le sucede este viaje poético? A un sujeto que sabe y habla de sus emociones sin pudor, con una sabiduría atávica:

“He vivido lo bastante como para saber que hay que renunciar al deseo”,
 “En realidad / no puedo elegir”, “Me vuelvo cobarde/ entre los pelos caídos”,
 “Soy la única que tiene miedo / esa pobre pasión bastarda”...

La metáfora marítima añade un plus de sentido a este viaje iniciático, que convoca la escritura. “Escribo desde una ciudad fronteriza”, dice, aunque comprende que “No hay continente/ ni sentido del continente”: “Somos agujeros en el océano”, “las barcas se detienen” porque “el tiempo está quieto / y me asedian las aguas”. El último texto de esta sección nos anticipa la segunda y el hablante se sincera, confesando la naturaleza de su viaje herido, esa vida contada por su madre:

Mi vida entera
 –y el modo en que la vivo–
 son historias
 contadas por la voz
 de mi madre.

Pero ¿cuándo esta experiencia de la intimidad y del cuerpo sensible se hace receptáculo para que el lector la acoja como propia? ¿Es posible esta transferencia? No quiero repetir contenidos del seminario ya que esta no es una clase, ni uds. son alumnos que vienen a aprender. Pero es decisivo que veamos que la poesía se funda precisamente en la posibilidad de esa proyección, en la que el *yo* del poema (deíctico al fin) se convierte en una especie de comodín para que el lector se acomode a su silueta y repita los versos desde su propia intimidad. Se trata de la dimensión social y colectiva de la “experiencia interior”, como señala

Georges Bataille en su libro *The inner experience* (1957): “nuestros sentimientos tienden a dar un enfoque personal a nuestra visión” de lo real y existe una franja en la que “mi experiencia interior coincide con la de los demás y me hace comunicar con ellos”. Por eso decimos que la *intimidad* no es en realidad un sinónimo de privacidad. Esta podría decirse que es una noción sociológica, al definirse en relación con un exterior y la *intimidad* es un concepto psicológico que alude a un mundo que se desarrolla en el propio interior; pertenece a un ámbito casi inefable de la naturaleza; posee un carácter en cierto modo sagrado.

La segunda sección del poemario, titulada “Mater dei”, nos enfrenta desde el epígrafe de Javier Marías a uno de los territorios fundacionales de la vida, la infancia: “Lo que nace en la infancia no se acaba nunca, pero tampoco se cumple.” Se trata de una especie de manual de educación para las hijas correctas, con nueve lecciones de “Cómo se hacen las cosas”. La milenaria cadena de la especie las sostiene: “Se sabe: hay gestos que se conservan y se repiten”, dice el primer poema. Y expande ese magisterio en los siguientes textos: “Así se hace un ojal; / así se pega un botón”, “así se barre un rincón” y “así se toca la fruta”. La niña se hace grande, sabiendo siempre que “mi madre es más grande/ y será siempre así.” Los rituales domésticos se suceden y con ellos se desenvuelve la infancia de la mano materna. A la mañana “el sol me despierta”, “a la siesta el aire era espeso y dulce”, durante el día “voy de la mano de mi madre a tomar el tranvía”, a la noche “la vi encender las velas y cubrirse los ojos”. Pero cada gesto cotidiano compartido está henchido de emociones encontradas. No es un registro realista de actividades triviales. Todo está filtrado por la memoria imperfecta: “Vi tantas cosas y ahora no las recuerdo”.

Finalmente, la única posibilidad de recuperación está anclada en el lenguaje. Como decía un poeta español que quizás Denise ni recuerda: “Las palabras me llevan de verdad a la otra orilla” (Jorge Guillén). Ella también concluye su travesía con esa constatación: “así salto las palabras / solo para apurarlas / solo para estar del otro lado”. Ese “otro lado” al que el yo adulto tiende sus manos en el noveno y último poema de la serie:

Como un animal perseguido
que se percibe otro

en su sombra
y salta el cerco
–no por saltar
sino para estar del otro lado–

Este luminoso poemario nos ayuda a “saltar ese cerco”, no solo para arribar a la otra orilla del presente, donde las palabras actualizan el territorio perdido de la infancia, sino al otro lado de nosotros mismos, donde la vivencia de la intimidad es compartida.

Laura Scarano